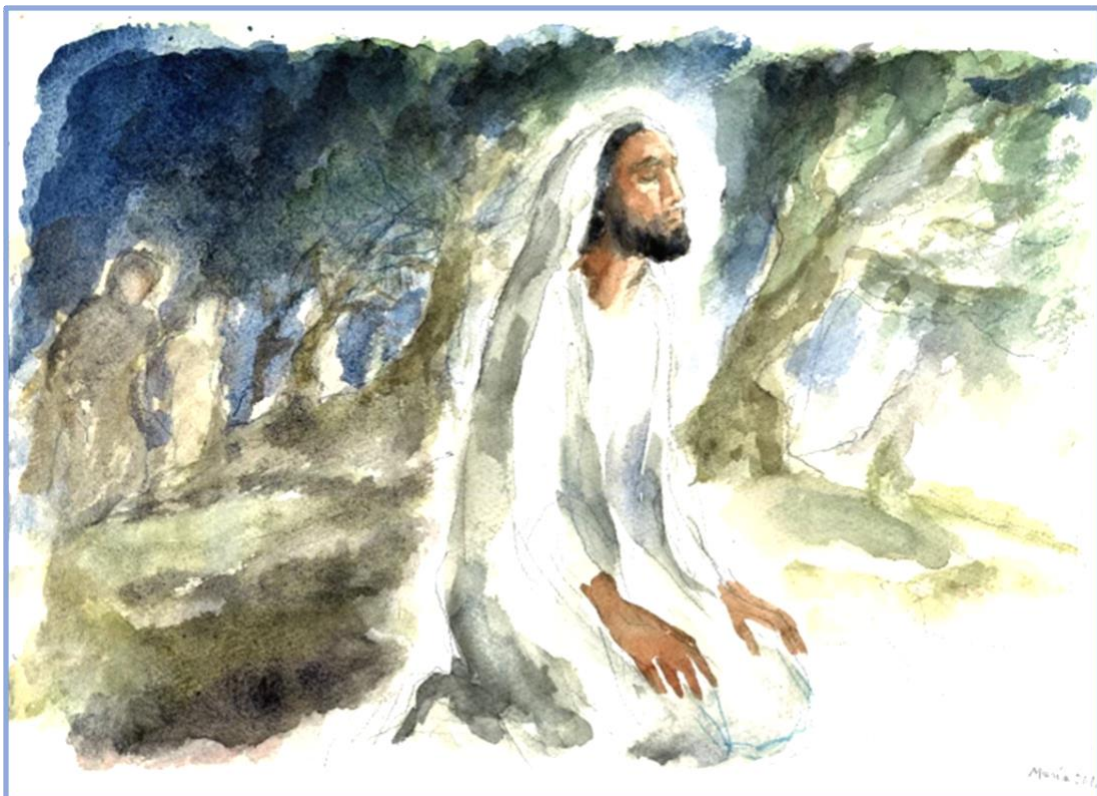


Sal y Luz

V Domingo del Tiempo Ordinario (B)- 7 de febrero de 2021

Nº 64 Parroquia San Carlos Borromeo

Jesús, que vino al mundo para anunciar y realizar la salvación de todo el hombre y de todos los hombres, muestra una predilección particular por quienes están heridos en el cuerpo y en el espíritu: los pobres, los pecadores, los endemoniados, los enfermos, los marginados. Así, Él se revela médico, tanto de las almas como de los cuerpos, buen samaritano del hombre. Es el verdadero Salvador: Jesús salva, Jesús cura, Jesús sana. La obra salvífica de Cristo no termina con su persona y en el arco de su vida terrena; prosigue mediante la Iglesia, sacramento del amor y de la ternura de Dios por los hombres. Enviando en misión a sus discípulos, Jesús les confiere un doble mandato: anunciar el Evangelio de la salvación y curar a los enfermos (cf. Mt 10,7-8). Fiel a esta enseñanza, la Iglesia ha considerado siempre la asistencia a los enfermos parte integrante de su misión. Curar a un enfermo, acogerlo, servirlo, es servir a Cristo: el enfermo es la carne de Cristo. (Papa Francisco-8.2.2015)



Gesù in preghiera, acquarello di Maria Cavazzini Fortini.

*Curó a muchos enfermos de diversos males...
Se levantó de madrugada y allí se puso a orar
(Mc 1,29-39)*

COMENTARIO

1.ª lectura: Job 7,1-4.6-7: Me harto de dar vueltas hasta el alba.

Salmo resp. 146. R. *Alabad al Señor que sana los corazones destrozados.*

2.ª lectura: 1Cor 9,16-19.22-23: *Ay de mí si no anuncio el Evangelio.*

Evangelio: Mc 1,29-39: Curó a muchos enfermos de diversos males.

Un día en la vida de Jesús

El pasaje del Evangelio de hoy está tomado de san Marcos y se inscribe en el marco de lo que podríamos llamar «un día de la vida de Jesús». Según lo presenta el segundo evangelista, un día de la vida de Jesús comprende fundamentalmente tres cosas: *realización de milagros* (curaciones y exorcismos o expulsiones de demonios) (v. 29-34), la *oración con el Padre* (v. 35-37) y la *predicación en otros lugares* fuera de Cafarnaúm (v. 38-39).

1.- Preámbulos para la contemplación de la escena.

Al contemplar un día en la vida de Jesús lo que más destaca es que lo vemos *constantemente relacionado* con Dios y con los hombres. Jesús está metido de lleno en el mundo de los hombres. Pero estar metido en el mundo que le rodea no le aparta de estar con el Padre; al contrario, es el Padre, el amor al Padre, lo que le hace implicarse en la vida de los hombres (v. 35). Se puede decir que Jesús es un *contemplativo en la acción* (vive al Padre en todo lo que hace) y un *activo en la contemplación* (lleva el mundo entero metido en el corazón cuando está con el Padre). Jesús es el modelo del hombre que vive en perfecta *unidad interior*. Esta escena de la vida de Jesús muestra que vive pendiente del Padre, que le envía, y de los hombres a los que es enviado.

Otra cosa que se observa a lo largo de este día de la vida de Jesús es cómo Jesús hace los milagros. Es muy útil fijarse no sólo en el *hecho* del milagro, sino en el *modo* como los realiza. Se pone de relieve en ellos la *hondura* del gesto. Jesús no sólo cura, sino que va en busca del enfermo en la *radicalidad* de su ser enfermo; Jesús va al centro de la persona, les lleva a que se den cuenta de que hay algo que es más importante que la enfermedad física: ser curados de su pecado. Jesús busca hacer persona al enfermo, reinsertarlo, devolverlo a Dios.

También es importante contemplar a Jesús en su *modo de querer y sentir con la gente*, cómo subordina sus propios planes a los problemas y dolencias de las

gentes, a las que ve como ovejas sin pastor (cf. Mc 6,30ss). Jesús aprovecha al máximo el tiempo para amar a la gente, **tiene prisa** por amarla, porque el tiempo apremia y el tiempo que pasa es ya irrecuperable.

Es importante también caer en la cuenta de que Jesús cura en **sábado**, subordinando con ello la Ley a las personas. La Ley es el amor, y el amor no tiene sábados, no descansa. De un modo semejante podrá decir san Pablo: «El que ama ha cumplido la Ley entera» (Gal 5,13-15).

En sus curaciones parece escucharse esta justificación de parte de Jesús: «Yo curo en sábado porque mi Padre trabaja también en sábado. El Hijo del hombre es dueño del sábado». Si Jesús cura en sábado es porque Él mismo es el gran Sábado, que proporciona descanso a los hombres, les alcanza salud, bienestar, paz, gozo, alegría, etc. Con Jesús ha llegado el día del sábado esperado por todas las gentes, especialmente los más pobres y necesitados. Al hablar por qué de modo sorprendente escogió Jesús el sábado para enseñar y curar, dice san Beda el Venerable: «(Jesús) para enseñar elige el sábado judío -en el que estaba prohibido encender el fuego o utilizar las manos y los pies- porque el verdadero sábado demuestra que el descanso preferido por el Señor consiste en **tener compasión** de las almas absteniéndose de los trabajos serviles, esto es, de todas las obras ilícitas».

2.- Las curaciones y exorcismos (v. 32-34).

Después de la curación de la suegra de Pedro, Marcos ofrece un sumario acerca de las numerosas curaciones de enfermos y exorcismos que Jesús lleva a cabo. Llama la atención la insistencia en este dato: dos veces habla de la curación de enfermos (v. 32.34) y tres de expulsiones de demonios (v. 32.34.39). Es evidente que este subrayado del evangelista tiene por finalidad presentar a Jesús en su doble condición de *taumaturgo*, que ha venido a devolver la salud y la vida a los que están sujetos al dominio de la enfermedad, y de *exorcista*, que ha venido a liberar a los que están atados por el poder de Satanás para devolverles a la condición de hijos. Hay que recordar que en el relato de la hemorroísa se dice que Satanás la tenía «atada» desde hacía dieciocho años. Satanás ata, esclaviza. De este modo, los exorcismos son un verdadero acto de liberación. Ahora podemos entender también unas palabras de Jesús al decir que sólo alguien que es más fuerte puede *atar* a otro menos poderoso. Sus exorcismos muestran que Él es más fuerte que Satanás. La acción de Jesús en los exorcismos tiene una doble vertiente: «atar» a Satanás y «desatar» a los poseídos.

Por otra parte, con sus milagros y exorcismos, Jesús viene a devolver al hombre el **esplendor** del que gozaba en el momento de la creación, antes del pecado, antes de ser atado por el Enemigo. Jesús reconstruye, restaura en el hombre la imagen herida y empañada por el pecado. Ahora, el hombre curado por Jesús puede mostrar el esplendor de la belleza que el pecado había hecho opaco.

3.- La oración con el Padre (v. 35-37).

El segundo elemento que aparece en la jornada de Jesús es la *relación con el Padre*. Varias cosas de las que dice el evangelista al presentar la oración de Jesús son dignas de tenerse en cuenta.

El primer detalle es la **oración**. Este detalle concuerda con otros que nos hablan de la costumbre de Jesús de orar (cf. Mc 6,46; 14,35.39; Lc 3,21; 5,16; 6,12; 9,18.28; 11,1; 22,41.44). Aunque Jesús está siempre en íntima comunión con el Padre, en su condición de Hijo, no obstante busca momentos donde compartir esa intimidad de una manera explícita. Jesús quiere compartir con el Padre todo lo que hace, y en el Padre busca consuelo y paz, gozo y aliento, descanso y fuerza. En su relación íntima y oracional con el Padre, Jesús recibe la energía necesaria para llevar a cabo la misión que le ha encomendado. En su oración con el Padre, Jesús sale renovado cada día para reemprender la tarea interrumpida el día anterior. En la oración con el Padre, Jesús sale recuperado del desgaste que le han producido las largas y agotadoras jornadas junto a los hombres. En su oración Jesús se confía al Padre con la confianza de un niño en brazos de su madre. Los evangelistas nos han conservado el recuerdo de que Jesús oraba al Padre llamándole con toda confianza «*Abbá*». Respecto al contenido de la oración de Jesús dice santo Tomás de Aquino: «Jesús pedía no sólo por los demás sino también por sí mismo. Porque había en la unidad de su Persona dos naturalezas, la humana y la divina, y, como la voluntad humana no era omnipotente, convenía que Cristo pidiese ayuda al Padre» (Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, III Pars, q. XXI, art. 1).

Pero hay otro aspecto que conviene subrayar en la oración de Jesús: en ella presenta los dolores y sufrimientos de la humanidad, sus anhelos y esperanzas, sus trabajos y desesperanzas, etc. Jesús se hace *portavoz*, representante de sus hermanos los hombres y hace llegar al Padre el grito que brota del corazón de los hombres oprimidos por toda clase de sufrimientos y miserias.

El segundo detalle es que para orar Jesús **salió**. Es evidente que con este verbo el evangelista se refiere al hecho de que Jesús *salió de la casa o del lugar* en que estaba para dirigirse a otro sitio. Pero tampoco debemos dejar de entender

este verbo en un sentido metafórico: Jesús salió fuera de sí para entrar en el Padre. Jesús nos quiere dar la lección de que para orar es preciso salir de nuestro entorno, es preciso buscar el ***silencio exterior***, buscando el lugar más adecuado para orar (un lugar solitario, dice el evangelista), y el ***silencio interior***, es decir, acallar nuestros sentidos e imaginaciones; en definitiva, es preciso salir fuera de sí, salir fuera de nuestro mundo, dejar a un lado las preocupaciones que nos tienen «encerrados»; es preciso salir para entrar de lleno en el mundo de Dios, en las cosas de Dios. Sólo quien está dispuesto a salir fuera de sí mismo, a abandonar sus seguridades, sus planteamientos, sus criterios para entrar en los planes de Dios puede llegar a ser un hombre de oración. El aspecto de intimidad de la oración queda subrayado precisamente por el hecho de que Jesús busca un lugar solitario.

El tercer detalle es que san Marcos da el ***momento*** de la oración de Jesús: al amanecer. El texto griego, que acumula tres adverbios, puede traducirse de varias maneras: «muy de madrugada», «temprano, cuando todavía era de noche», «muy de mañana, mucho antes de salir el sol». Es significativo que el evangelista haya querido darnos esta indicación. Junto a otras ocasiones en que se menciona que Jesús oraba, encontramos que lo hace en dos momentos fundamentalmente: por la tarde, de noche, cerrando el día o por la mañana temprano, abriendo el día. Tanto la noche como la mañana son los dos momentos de mayor silencio, de mayor posibilidad de intimidad. Son los momentos de las ***confidencias***, cuando el corazón parece encontrarse en la mejor disposición para hablar de sí, cuando se puede hablar con Dios cara a cara, como un amigo habla con otro amigo. La oración al amanecer estrena la belleza del día, que se presenta como una promesa. La oración de la noche disfruta con la belleza de una jornada en la que se descubren las huellas de Dios.

* * * * *

EL COMENTARIO DE LOS PADRES

San Agustín, Sermón 87,13-14.

Mc 1,29-39: Acércate al médico.

Si en una ciudad enfermase alguien en el cuerpo y hubiese allí un médico muy experimentado, enemigo de poderosos amigos del enfermo; si, repito, en una ciudad enfermase alguien con una enfermedad peligrosa y existiese en la misma ciudad un médico muy experimentado, enemigo, como dije, de poderosos amigos del enfermo, quienes le dijeran: «No recurras a él, no sabe nada», y lo dijeran no con la intención de dar una opinión, sino por envidia, ¿no prescindiría aquél en bien de su salud de las fábulas de sus poderosos amigos?

Aunque fuese una ofensa para ellos, ¿no recurriría para vivir unos días más a aquel médico que la fama había celebrado como muy competente, para que expulsase de su cuerpo la enfermedad?

El género humano yace enfermo; no por enfermedad corporal, sino por sus pecados. Yace como un gran enfermo en todo el orbe de la tierra de Oriente a Occidente. Para sanar a este gran enfermo descendió el médico omnipotente. Se humilló hasta tomar carne mortal, es decir, hasta acercarse al lecho del enfermo. Da los preceptos que procuran la salud, y es despreciado; quienes le escuchan son liberados. Es despreciado, pues dicen los amigos poderosos: «Nada sabe». Si no supiera nada, no llenaría los pueblos con su poder; si no supiera nada, no existiría antes de nosotros; si no supiera nada, no hubiera enviado a los profetas antes de él. ¿No se cumple ahora lo que antes fue predicho? ¿No demuestra este médico el poder de su arte cumpliendo sus promesas? ¿No caen por tierra en todo el orbe los errores perniciosos y se doman las codicias en la trilla del mundo? Nadie diga: «Antes el mundo estaba mejor que ahora; desde que llegó este médico a ejercer su arte, vemos en él muchas cosas espantosas». No te extrañes. Antes de ponerse a curar a un enfermo, la sala del médico parecía limpia de sangre; ahora que tú ves lo que pasa, sacúdete las vanas delicias, acércate al médico; es el tiempo de buscar la salud, no el placer.

Curémonos, pues, hermanos. Si aún no hemos reconocido al médico, no nos enfurezcamos contra él como locos, ni nos apartemos de él como aletargados. Muchos perecieron enfureciéndose y muchos también durmiendo. Son locos los que pierden sus cabales fuera del sueño. Están aletargados los oprimidos por el mucho sueño. Los tales son ciertamente hombres. Unos quieren ser crueles con

este médico y, como él ya está sentado en el cielo, persiguen a los fieles, sus miembros, en la tierra. También a éstos los cura. Muchos de ellos se tornaron por la conversión, de enemigos en amigos; de perseguidores se convirtieron en predicadores. Incluso a los judíos, que se habían ensañado contra él cuando estaba aquí en la tierra, los curó como a locos. Por ellos oró cuando pendía de la cruz con estas palabras: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34). Muchos de ellos, calmado su furor, como reprimida la locura, conocieron a Dios, conocieron a Cristo. Después de la ascensión, enviado el Espíritu Santo, se convirtieron al que crucificaron y, creyendo en el Sacramento, bebieron la sangre que derramaron con crueldad.

San Jerónimo, Homilía 2 (Mc 1, 29-39).

¡Ojalá venga y entre el Señor en nuestra casa y con un mandato suyo cure las fiebres de nuestros pecados! Porque todos nosotros tenemos fiebre. Tengo fiebre, por ejemplo, cuando me dejo llevar por la ira. Existen tantas fiebres como vicios. Por ello, pidamos a los apóstoles que intercedan ante Jesús, para que venga a nosotros y nos tome de la mano, pues si él toma nuestra mano, la fiebre huye al instante. Él es un médico egregio, el verdadero protomédico. Médico fue Moisés, médico Isaías, médicos todos los santos, mas éste es el protomédico. Sabe tocar sabiamente las venas y escrutar los secretos de las enfermedades. No toca el oído, no toca la frente, no toca ninguna otra parte del cuerpo, sino la mano. Tenía la fiebre, porque no poseía obras buenas. En primer lugar, por tanto, hay que sanar las obras, y luego quitar la fiebre. No puede huir la fiebre, si no son sanadas las obras. Cuando nuestra mano posee obras malas, yacemos en el lecho, sin podernos levantar, sin poder andar, pues estamos sumidos totalmente en la enfermedad.

Y acercándose a aquella, que estaba enferma... Ella misma no pudo levantarse, pues yacía en el lecho, y no pudo, por tanto, salirle al encuentro al que venía. Mas, este médico misericordioso acude él mismo junto al lecho; el que había llevado sobre sus hombros a la ovejita enferma, él mismo va junto al lecho. Y *acercándose...* Encima se acerca, y lo hace además para curarla. Y *acercándose...* Fíjate en lo que dice. Es como decir: hubieras debido salirme al encuentro, llegarte a la puerta, y recibirme, para que tu salud no fuera sólo obra de mi misericordia, sino también de tu voluntad. Pero, ya que te encuentras oprimida por la magnitud de las fiebres y no puedes levantarte, yo mismo vengo. Y acercándose, la levantó. Ya que ella misma no podía levantarse, es tomada por el Señor. Y la levantó, tomándola de la mano. La tomó precisamente de la mano. También Pedro, cuando

peligraba en el mar y se hundía, fue cogido de la mano y levantado. «Y la levantó tomándola de la mano». Con su mano tomó el Señor la mano de ella. ¡Oh feliz amistad, oh hermosa caricia! La levantó tomándola de la mano: con su mano sanó la mano de ella. Cogió su mano como un médico, le tomó el pulso, comprobó la magnitud de las fiebres, él mismo, que es médico y medicina al mismo tiempo.

La toca Jesús y huye la fiebre. Que toque también nuestra mano, para que sean purificadas nuestras obras, que entre en nuestra casa: levantémonos por fin del lecho, no permanezcamos tumbados. Está Jesús de pie ante nuestro lecho, ¿y nosotros yacemos? Levantémonos y estemos de pie: es para nosotros una vergüenza que estemos acostados ante Jesús. Alguien podrá decir: ¿dónde está Jesús? Jesús está ahora aquí. *En medio de vosotros*—dice el Evangelio—*está uno a quien no conocéis. El reino de Dios está entre vosotros.* Creamos y veamos que Jesús está presente. Si no podemos tocar su mano, postrémonos a sus pies. Si no podemos llegar a su cabeza, al menos lavemos sus pies con nuestras lágrimas. Nuestra penitencia es unguento del Salvador. Mira cuán grande es su misericordia. Nuestros pecados huelen, son podredumbre y, sin embargo, si hacemos penitencia por los pecados, si los lloramos, nuestros pútridos pecados se convierten en unguento del Señor. Pidamos, por tanto, al Señor que nos tome de la mano.

Y al instante, dice, la fiebre la dejó. Apenas la toma de la mano huye la fiebre. Fijaos en lo que sigue. *Al instante la fiebre la dejó.* Ten esperanza, pecador, con tal de que te levantes del lecho. Esto mismo ocurrió con el santo David, que había pecado, yaciendo en la cama con Betsabé, la mujer de Urías el hitita y sintiendo la fiebre del adulterio, después que el Señor le sanó, después que había dicho: *Ten piedad de mí, oh Dios por tu gran misericordia,* así como: *Contra ti, contra ti sólo he pecado, lo malo a tus ojos cometí. Líbrame de la sangre, oh, Dios, Dios mío...* Pues él había derramado la sangre de Urías, al haber ordenado derramarla. *Líbrame, dice, de la sangre, oh Dios, Dios mío, y un espíritu firme renueva dentro de mí.* Fíjate en lo que dice: *renueva.* Porque en el tiempo en que cometí el adulterio y perpetré el adulterio y perpetré el homicidio, el Espíritu Santo envejeció en mí. ¿Y qué más dice? *Lávame y quedaré más blanco que la nieve.* Porque me has lavado con mis lágrimas. Mis lágrimas y mi penitencia han sido para mí como el bautismo. Fijaos, por tanto, de penitente en qué se convierte. Hizo penitencia y lloró, por ello fue purificado. ¿Qué sigue inmediatamente después? *Enseñaré a los inicuos tus caminos y los pecadores volverán a ti.* De penitente se convirtió en maestro.

¿Por qué dije todo esto? Porque aquí está escrito: Y al instante la fiebre la dejó y se puso a servirles. No basta con que la fiebre la dejase, sino que se levanta para el servicio de Cristo. *Y se puso a servirles*. Les servía con los pies, con las manos, corría de un sitio a otro, veneraba al que le había curado. Sirvamos también nosotros a Jesús. Él acoge con gusto nuestro servicio, aunque tengamos las manos manchadas: él se digna mirar lo que sanó, porque él mismo lo sanó. A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Guigo el Cartujo, Obras-Desgraciado el hombre solo, si tú no estás solo con él.

Jesús se levantó antes del amanecer, salió y se fue a un lugar desierto. Allí, oraba (Mc 1,35).

Jesús mismo, Dios y Señor, que debido a su propia fuerza no tenía necesidad de apoyo alguno durante el retiro para orar, ni se veía impedido por la sociedad de los hombres, se preocupó de dejarnos un ejemplo. Antes de comenzar su ministerio de la predicación y de los milagros, se fue a la soledad y se sometió a la prueba de la tentación y el ayuno (Mt 4,1ss). La Escritura nos relata que dejando a la multitud de los discípulos, subió solo a la montaña para orar (Mc 6,46). Después, cuando era ya inminente la hora de su pasión, abandona a sus discípulos y se va solo a orar (Mt 26,36): un ejemplo que nos hace ver cuán ventajoso es el silencio para la oración, puesto que él mismo no quiere orar estando junto a los compañeros, incluidos los apóstoles.

No debemos dejar pasar en silencio un misterio tan grande y que nos concierne a todos. Él, el Señor, el Salvador del género humano, en su misma persona nos ofrece un vivo ejemplo. Solo, en el desierto se entrega a la oración y a los ejercicios de la vida interior –el ayuno, las vigiliass y los demás frutos de la penitencia– superando, por las armas del Espíritu, las tentaciones del Adversario.

Oh, Jesús, acepto que, al exterior, no encuentre a nadie conmigo; pero que esta situación sea para que, en el interior, esté cada vez más contigo. ¡Desgraciado el hombre solo, si tú no estás solo con él! Y cuántos son los hombres que permanecen en medio de una muchedumbre, porque no están contigo. Quisiera estar siempre contigo, y así no estar jamás solo. Porque en este preciso momento no hay nadie conmigo y, sin embargo, no estoy solo: conmigo hay una muchedumbre.

* * * * *

CARTA A TEODORO

Querido Teodoro,

¡que la paz y el consuelo del Señor Jesucristo estén contigo!

Acabo de recibir tu última carta por la que veo que te encuentras bien. Me alegro infinitamente, pues ya empezaba a estar preocupado. Por aquí la vida transcurre con normalidad y no hay grandes novedades, a no ser, como te adelantaba en la carta anterior, que hemos entrado en una dinámica un poco angustiosa con la Pandemia. Espero que todo te vaya bien durante estos días y que nada ni nadie te quite la paz. Jesucristo quiere y desea vivir esto contigo. Abandónate en Él.

Si has echado ya un vistazo a las lecturas del próximo domingo habrás podido acercarte a una de las páginas más dramáticas que se han podido escribir en la historia de la literatura universal: las reflexiones angustiadas de Job acerca del dolor que atenaza al hombre. ¡Pobre Job! ¡Qué felices se las prometía cuando le iba todo bien, y qué cambio tan brusco de la vida al verse despojado de todo! ¿No te parece comprensible, querido amigo, que un hombre como él se haga esos interrogantes? ¿No son preguntas que todos, hasta tú y yo, nos hemos hecho en alguna ocasión? Se ve tanto dolor y tanto sufrimiento, a veces de forma tan gratuita, como las muertes repentinas, los asesinatos, las guerras..., que parece inevitable sacar conclusiones semejantes a las de Job. En la súplica que comienza con la solemne fórmula *recuerda que mi vida es como un soplo, que mis ojos no volverán a ver la dicha* (v.7), Job arguye que, si su fin va a ser la muerte, no tiene sentido su dolor; se muestra aún obsesionado con la muerte como meta y fin de las angustias de la vida (cfr 3,11-19; 10,20-22; 14,1-22). Refleja una mentalidad que corresponde a un momento en el que todavía no estaba clara la doctrina de la resurrección después de esta vida. **Sin embargo, estas expresiones tampoco pueden entenderse como negación de la vida futura; únicamente evidencian la ansiedad del protagonista que, agobiado por el sufrimiento, desea que termine cuanto antes.** *Estas palabras fueron pronunciadas por Job para confirmar la fragilidad de la vida; y, sobre todo, para enseñar que quien ha muerto ya no regresa a esta vida corruptible ni vuelve a sus funciones ordinarias* (Dídimo el Ciego, *In Iob, ad locum*).

Sin embargo, Teodoro, yo creo que a pesar de todo lo que se ve a nuestro alrededor, hay motivos para no perder la esperanza. No hemos de dejarnos

atenazar por el miedo o la amargura cuando **Cristo ha dado una razón para todo el dolor de la humanidad**. Fíjate si no en el Evangelio del día y verás cómo Jesús, a lo largo de jornadas agotadoras, se mete de lleno en el dolor de la gente y cura sus enfermedades. ¡Hay motivo para la esperanza! ¡Ya lo creo que sí!

Aquel que se sabe curado por Cristo, ¿qué puede hacer sino anunciar a todos los hombres su dicha? ¿Qué puede hacer sino mostrar a los hombres el poder de Dios? ¿No es eso lo que hace Cristo cuando se aparece, resucitado, a sus discípulos? ¿Y no es ese el anuncio que San Pablo lleva por todo el mundo? ¡Si no tiene más remedio!: *¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!* También él ha sido “curado” por Jesucristo, y hace todo lo necesario para que llegue hasta el confín de la tierra la Buena Noticia: *se hace todo a todos para ganar, sea como sea, a algunos*. ¡Ojalá que el Espíritu Santo encienda en nuestros corazones ese ardor por llevar al corazón de todos los hombres la fuente de salud que es Cristo!

Bueno, querido amigo, no dejes que las cosas menos importantes se lleven por delante las que realmente te deben interesar. Cuídate mucho, y cuida también de los que tienes a tu lado, no sea que te encierres demasiado en ti mismo y te conviertas en un solitario huraño y cascarrabias al que todo le molesta. Dale un beso muy fuerte a tus padres y hermanos.

Recibe un abrazo de tu amigo,
Doroteo.